

ó al tiempo necesario á su conclusion; estas empresas y todas las que participen de las mismas circunstancias pertenecen al Gobierno: su mano poderosa puede sola conducirla á su fin por medio de todas las resistencias del interes parcial: sí, amigo, el interes parcial de los pueblos: este director celoso y económico de los caminos y de los hospitales, y este consolador de las necesidades locales, es el más formidable enemigo de las empresas generales: multiplicará las presas en los rios, y jamas favorecerá un canal, que pasando con poca utilidad por su circunferencia, presente mayores ventajas á una provincia distante y mejor situada.

Allí es, pues, donde el interes general, reunido en el Gobierno, debe desenvolver su omnipotente energía.

¿Con qué facilidad lo puede?... ¿No tiene en su mano una porcion numerosísima de pobres robustos, que él hace, que él pervierte y que él mantiene en la inacción? ¿No tiene en ese numeroso ejército los ingenieros que han de proyectar, los brazos que han de ejecutar, los oficiales que han de inspeccionar, y hasta un sistema de economía tradicional de cuenta y razon, mucho más exacto que el de sus oficinas?

El Ebro, el Tajo, el Duero, el Guadiana, el Guadalquivir, atraviesan, como otras tantas arterias, nuestra península. El Ebro, que recibe al Ega, al Aragon, al Gállego, al Cinca y al Segre, ofrece comunicaciones á la parte septentrional de sus orillas, mientras las meridionales con el Xalon, el Cidaco y otros rios de menor nombre, pueden tener la misma proporcion.

El Tajo, que se despeña de las sierras de Cuenca, y se enriquece con el Jarama, Tajafia, Manzanares, Henares y Lozoya, tiene por venas principales á Guadarrama y al Alberche.

El Duero, que recibe las aguas de los montes de Leon, como de los de Oca y de Guadarrama, parece que convida más que ningun otro á comunicaciones interiores.

El Guadiana, destinado á dar á Castilla la Nueva, como á Extremadura, un puerto en el Océano por Ayamonte, recibe asimismo varios rios en su corriente.

Y el Guadalquivir, el antiguo Bétis, que recuerda á la imaginacion todos los bienes de la edad fabulosa, y ahora nos presenta todos los géneros de opresion y de miserias que lloramos; este rio ¿no se engrandece con el Genil, el Magana, el Garizar y el Guadalen, que le hacen comunicar con la Mancha? Y ¿cuántos puntos de reunion no se ofrecen entre aquellos grandes rios? Por de contado está en las llanuras de Baraona la del Duero y del Tajo, por medio del Henares, y tal vez á no muy largo trecho la del Duero con el Ebro, por medio de algunos rios menores de la Rioja.

Unida la Mancha con la provincia de Madrid, esto es, Guadiana con el Tajo, por las aguas intermediarias que vierten á uno y otro rio, á poca distancia de ambas se presenta en los llanos de la

Mancha el Júcar, como para establecer una navegacion mediterránea desde Cullera ó Valencia hasta Ayamonte, y por la reunion de Guadiana con Guadalquivir hasta Sevilla.

Tal es el inmenso campo que presenta á la actividad del Gobierno el fomento de nuestra agricultura: tales son los obstáculos que tiene que dirimir.

Sesenta mil hombres le ofrecen sus brazos ociosos, su disciplina y el corto prest que les paga: ahórrese éste, y págueseles en razon de su trabajo: costéese la diferencia de este prest á lo que importaren las obras por el sobrante del fondo de socorros, ó por un fondo especial si aquél no aleanzase; y dentro de poquísimos años estarán corrientes las navegaciones generales, y se combinarán con ellas todos los regadíos posibles. ¡Oh!; Y cuántos bienes, amigo mio, resultarían de este plan! ¿Sería el menor reconciliar con el trabajo y la aplicacion nuestra tropa, fortalecer nuestros soldados por el ejercicio de sus fuerzas, sustituir para nuestros oficiales la actividad del ingenio y del cuerpo á estas serviles pantomimas en que inútilmente los ocupan; en una palabra, convertir en utilidad y en auxilio lo que ahora es sólo carga y ruina?

Con una corta retencion en los destajos, retencion saludable á la disciplina, se formaba un fondo con que á medida que cumplierse un soldado acreditado por ocho años de trabajo y de buena conducta, beneficiaria la suerte de tierra que le cupiese en las orillas de los canales; y vea vmd. allí nacer un gran número de propietarios y de nuevas familias.

Vmd. sabe que he escrito mucho sobre este punto, y que descendiendo á los pormenores, he demostrado hasta la evidencia la facilidad y utilidad de esta aplicacion de la tropa á los canales y rios navegables; pero me contentaré con un ejemplo, que podrá dar una idea más completa de sus ventajas.

Faltan cuarenta y ocho leguas para concluir el canal de Castilla desde su origen hasta Guadarrama: ponga vmd. un hombre inteligente, eficaz y amante de la gloria á la frente de esta empresa, y seis mil hombres á sus órdenes: divida en seis cuerpos este pequeño ejército: cada uno tendrá ocho leguas que hacer, y á razon de una legua al año, bastarán ocho para hacer cerca de tres veces más de lo que se ha hecho en cuarenta: esto en cuanto al tiempo; en cuanto á la economía, consuman los seis mil hombres en la provincia cuanto ganen, y repártase proporcionalmente en ella todo cuanto este coste excediese al prest que se ahorra, al sobrante del fondo de socorros, y á los productos progresivos del mismo canal, y ciertamente la carga será muy ligera y muy inferior á la utilidad.

Hechas estas navegaciones principales, cada provincia se afanará en abrir las comunicaciones que la interesan para llegar á disfrutarlas; y vea vmd. allí el empleo de los brazos desocupados por haberse hecho ya los caminos, si es posible que queden algunos, cuando la pesca y la navegacion interior

les ofrezcan otra nueva ocupacion en el aumento consiguiente de nuestra marina mercantil.

Así es como todas las verdades se unen, y como todas las ventajas políticas nacen unas de otras, mediante un sistema bien combinado.

¿Pero no es éste un sueño, amigo mio; los pobres socorridos, asistidos, ocupados, y nuestros caminos hechos y mantenidos; nuestros rios navegables, ó suplidos con canales; la humanidad enjugando sus lágrimas; la política removiendo los obstáculos de la naturaleza, y dejando á la industria toda su energía? Sí, lo es, y no quiero más prueba que este mismo escrito, en que se han llevado pliegos enteros nuestros abusos, nuestros reglamentos, y aquel monton de equivocaciones groseras, pero consagradas por el tiempo y defendidas por la preocupacion, por miserables y ridiculos intereses, que componen nuestra homicida prudencia; mientras, al contrario, los remedios ocupan poquísimos renglones: tal es su sencillez y la facilidad con que se descubren á la menor reflexion.

Así es como siendo tan fácil levantar el edificio majestuoso de la verdad y de la utilidad comun, no basta la vida entera para derribar tanto andamio y limpiar el área de ruinas y escombros.

No, amigo mio, la ciencia del gobierno no necesita recónditas doctrinas, ni esfuerzos de entendimiento: está en el corazon de un hombre de bien, que estudiando la naturaleza dentro de sí mismo, como en sus semejantes, los ama tiernamente, y prefiere la felicidad de ellos á todo, y aún á la gloria misma.

Una junta encargada de formar un sistema de socorros públicos para todos los pobres, su organizacion, la aplicacion de parte de ellos á los caminos y canales, y el método que se hubiera de observar en su constitucion, esto es cuanto vmd. puede proponer al Consejo, valiéndose de aquellas reflexiones mias que tenga por corrientes, y mejorándolas con las suyas.

En cuanto á mí, satisfecho de haber obedecido á vmd. en esta primera parte, voy á pasar á los obstáculos de opinion, presuroso de acabar con una ocupacion que escandece é irrita mi alma demasiado sensible; pues estas reflexiones, que son novelas si pensamos en la utilidad que hubieren de producir, son historias harto ciertas y crueles de los males que presenciamos, que sufrimos, y que trasladaremos á nuestra posteridad.

CARTA II.

Sobre los obstáculos de opinion, y el medio de removerlos con la circulacion de luces y un sistema general de educacion.

Siempre que se empieza á discurrir sobre los obstáculos de opinion que impiden el progreso de las sociedades políticas, ¿quién no ha de sorprenderse, amigo mio, de que estos obstáculos sean mil veces más multiplicados y más difíciles de vencer que los de la naturaleza? Taladrar los montes, frenar ó dirigir los rios, vencer el Océano: todos

estos milagros de la industria humana son juegos si se cotejan con el empeño de hacer ver y seguir al hombre su verdadero interes.

Pero para que cese la admiracion basta abrir los anales de nuestra especie, y recorrer las continuas conspiraciones hechas para pervertirla y embrutecerla. Sí, los gigantes, amontonando el Pelion sobre el Ossa para sitiár y expeler á los dioses, son una débil imágen de los esfuerzos incansables de tantos maestros de error, siempre conjurados para apeár á la razon humana del trono del mundo; ¿qué mucho, pues, que falaces y nocivas vislumbres hayan, casi por todas partes, reemplazado á las tinieblas de que la naturaleza nos rodeó, y que á aquella ignorancia feliz haya sucedido una falsa y detestable ciencia? y esta ciencia no hay que creer resida exclusivamente en los palacios magníficos que la señaló nuestra estólida gratitud, en esas aulas, en esas universidades, y en tantas corruptoras cátedras: no por cierto; se ha connaturalizado de tal modo con nosotros, que parece impregnar el ambiente que respiramos: acude presurosa á nuestra cuna, y desde entónces hasta el sepulcro compañera inseparable, nos pasea de extraviós en ilusiones, afligiéndonos ó embelesándonos con recelos ó esperanzas igualmente fantásticas.

Tan espantosos, por consiguiente, son nuestros progresos en esta funesta carrera, que el instinto de los animales, inferiores por naturaleza, se ha hecho muy preferible á la inmensa serie de errores que componen nuestra razon pública: aquél los conduce seguramente á la perfeccion y á la felicidad de que son susceptibles; y ésta nos aleja laboriosamente, y como á propósito, de los fines para los cuales nos fué concedida: y esta verdad, harto cierta para el mayor número de individuos, lo es mucho más contraída á las sociedades políticas; y si no, tienda vmd. la vista por casi todas las naciones, véalas entre la esclavitud y la anarquía, destruyéndose igualmente con ambos extremos, disputando, degollándose por palabras y denominaciones, y siempre perdiendo de vista la esencia del pacto que las reunió, ó deificando el estúpido visir que las devora en silencio, ó siguiendo á los malvados feroces que las conmueven y asolan para reformarlas; y mientras la razon sola, sin efusion de sangre y sin convulsiones, opondria un baluarte insuperable á ambos excesos, evitaria los males ó impediria su primer progreso, apelan sólo al colmo de éstos y á la efervescencia de las pasiones abrasadoras.

¡Y qué difícil es ya corregir tan funesta tendencia! Al Gobierno, para fomentar la industria nacional le basta el no impedir; pero para restablecer la razon pública debería hacer olvidar, buscar el origen de las sociedades, borrar todas las sendas tortuosas, y sólo dejar subsistir aquella que la naturaleza señaló; senda fácil y llana, en que la felicidad del individuo no tiene más limites que la prosperidad comun.

Basta definir esta empresa para comprender su

dificultad, y cómo siendo tan arduo para un gobierno borrar nuestros errores, debe á lo menos dejar que se establezca entre éstos y la luz que ha de disiparlos la más franca y libre concurrencia.

En efecto, en medio del embrutecimiento casi universal de nuestra especie degradada, algunos entes privilegiados se atrevieron á prescindir del ejemplo, de la autoridad de las tradiciones, é interrogaron á su alma y á su entendimiento: la meditacion les hizo descubrir aquellas verdades elementales, casi totalmente oscurecidas; y la verdadera ciencia, apoyada en la duda y en el análisis, restituyó á la naturaleza sus luces primitivas.

Estos sabios restauradores de la especie humana tambien fueron mártires suyos. ¿Cuántas, ¡ah! cuántas veces se vieron arrebatados por el torrente destructor, contra el cual se atrevieron á luchar?... ¿Cuántas otras, cansados de la multitud de sus esfuerzos, tuvieron que ceder á la fatal corriente? ¿Cuántas, por fin, para no ser sumergidos tuvieron que ocultar su ciencia, y por consiguiente que inutilizarla para sus sucesores?

Pero desde que el descubrimiento de la imprenta reunió estos esfuerzos, ántes dislocados por la distancia de los países y de los siglos; desde que les dió una continuidad é impulso que nunca tuvieron, nació una luz inmensa, que iluminando poco á poco todas las naciones, ha de disipar infaliblemente las tinieblas del error.

El acelerar su progreso, el impedir que esta llama vivifica no produzca por las resistencias que encuentre explosiones siempre funestas, y procurar, al contrario, que penetre insensiblemente los ánimos y dilate los corazones con su dulce calor: tal es la ciencia de los gobiernos y su más precioso interés.

En efecto, amigo mio, ¿de dónde nacen todas aquellas revoluciones y aquellos excesos que llora la humanidad, sino de la lucha, todavía desigual, entre la verdad y el error? La verdad es, digámoslo así, de ayer, y el error tiene veinte siglos de posesion; la verdad ha llegado á ser un esfuerzo de la razon, y el error tiene todas las predilecciones cariñosas de la niñez y de la costumbre: por esto tiene cada una de estas competidoras que emplear las pasiones y acalorar á sus partidarios; por esto se baña la tierra con sangre y lágrimas. ¡Ah! si una nacion fuese ilustrada, ¡qué poca atencion prestaria á todos estos charlatanes, que con las voces de república, monarquía ó democracia conmueven al mundo!

Llámele mi gobierno como se quisiere, les diria: dejémonos de nombres, y tratemos de la esencia de las cosas: lo que exijo es la seguridad de las personas, la propiedad de los bienes y la libertad de las opiniones: éste fué el objeto de toda sociedad: asegúrese en tales términos que la fuerza esté siempre de acuerdo con la voluntad y el interés general, y despues haya un solo magistrado encargado de hacer ejecutar esta voluntad: subdividase la ejecucion en seis ó veinte ministros, ¿qué me im-

porta, como ni aquél ni éstos puedan alterar la felicidad que busqué en el pacto social?

¡Ah! si para reformar de un golpe los abusos que le alteran, hubiese de perecer la felicidad de dos generaciones, léjos, léjos de mí, diria, tan funestas mejoras. Dejad que el tiempo y el progreso de las luces hagan sin esfuerzo lo que ahora ó es impracticable ó demasiado costoso.

Los gobiernos, por consiguiente, tienen el mayor interés en el progreso de las luces, pues nuestros pueblos, embrutecidos y contagiados por la opresion y el error, no son susceptibles de ninguna reforma pacífica mientras no se les cure, y como esta curacion se puede tener por desesperada, es preciso dirigirse á la generacion naciente; y tal es el objeto de la educacion nacional.

¡Qué campo tan inmenso al tedio y á la indignacion ofrece la nuestra! Ojalá fuese del todo negativa; ménos difícil sería inculcarnos la verdad; pero desechando lo que se hace, vamos á ver lo que pudiera y debiera hacerse.

Todo hombre en una sociedad nace ciudadano: bajo del primer respecto ningun óbice debe tener la curiosidad de que le dotó la naturaleza para conocer su verdadero bien; y ántes bajo del segundo debe encontrar siempre prontas las luces de que esta sociedad fué depositaria: aquella tendencia no admite más límite que los sacrificios espontáneos con que pagó este auxilio de los demas, esto es, el interés comun; en una palabra, se le debe criar como hombre y como ciudadano.

La comunicacion de las ideas es una de las primeras consecuencias del estado de sociedad, sin la cual no hubiera existido. ¿Cómo tratar con los demas sin comprenderlos y sin ser comprendido? De allí nace el idioma ó el uso de la palabra. Escribir no es más que el arte de hablar á mayor distancia de tiempo ó de lugar; pero ¿de qué serviria la escritura si no se supiese leer? En fin, entre los hombres reunidos hay relaciones inmediatas de distancia, de cantidades que se deben medir y aclarar. Véase cuán sencillos son los conocimientos elementales que todo hombre puede exigir de la sociedad, que ésta debe á todos sin distincion, y sin los cuales quebranta la esencia de su pacto. Leer, escribir, contar y medir: deje vmd. obrar despues á la actividad de los hombres; déjela fermentar por las pasiones facticias que resultan de la propia sociedad; deje vmd. que sientan la necesidad de la opinion recíproca, y muy presto se levantarán en medio de todos aquellos hombres, uniformemente preparados, aquellos individuos que irán á leer en los astros el rumbo que han de seguir sobre el Océano el abeto hijo de los montes, y el lino recogido en nuestras vegas.

Basta para todos estos milagros la comunicacion de las ideas, siempre que nada altere su curso.

Pero la sociedad se formó para mantener un justo equilibrio entre todas las pasiones y fuerzas individuales, y dirigirlas hácia la felicidad comun; y de allí la política y la moral, que es lo mismo: pues

¿quién puede dudar que la más íntima cooperacion al interés general no produzca la felicidad personal, y que la virtud y el amor propio ilustrado no concurren al mismo fin?

¿Quiere vmd., pues, que el pacto social se fortifique y arraigue en los corazones, y que todos ellos conspiren á la observancia de las leyes, y se indignen de su quebrantamiento? explíquese su origen y los beneficios que nos produce.

En una palabra, amigo mio, la sociedad debe, en primer lugar, á sus conciudadanos, la más libre comunicacion de sus luces, y en segundo, los auxilios que deben prometerse de su formacion.

¡La libertad de las luces! Jamsá, lo confieso, he podido comprender las dificultades de que se ha erizado este punto, tal vez demasiado sencillo á mis ojos. ¿Qué límites debe tener en la sociedad la libertad de las opiniones, de la palabra y de la escritura que la reproducen? el mismo que las acciones, esto es, el interés de la sociedad. Mi libertad cesa cuando ofendo, ó al pacto que me la asegura, ó á los demas garantes de ella.

Ahora, pues, si no me es lícito insultar á un hombre, ¿me sería lícito calumniarle, denigrarle por escrito y con más publicidad y trascendencia? No me es lícito apedrear la casa municipal, interrumpir las deliberaciones comunes, alterar el orden y tranquilidad pública, ¿y me lo sería cometer por medio de la imprenta un atentado equivalente? Mi propia seguridad me prohíbe andar disfrazado en las calles por el abuso que pueden hacer los malvados de este disfraz, y ¿me sería lícito ocultar ó fingir mi nombre en un escrito, de lo cual pueden resultar iguales daños? Vea vmd. dimanar de estas proposiciones sencillas toda la teoría de la libre circulacion de las ideas. Póngase precisamente en todas las obras el nombre del autor y el del impresor; firmen uno y otro el manuscrito, y ambos sean responsables á las quejas que dieren los agraviados, ó la parte pública si la ofensa fuese á la sociedad. Ni alcanzo más, ni concibo la posibilidad de un solo caso que no esté comprendido dentro de estos dos límites.

Se me objetará el famoso dilema que condenó á las llamas la biblioteca de los Tolomeos; esto es, que si las opiniones respectivas al Gobierno son conformes á lo que hace, serán inútiles, y si opuestas perjudiciales; pero creo que basta alguna buena fe para no equivocar los consejos dados al Gobierno y la crítica de sus operaciones con los atentados cometidos contra él. Los consejos serán siempre útiles y necesarios; la crítica podrá ser provechosa si fuese fundada, y si no, será despreciada; pero si excediese sus justos límites, y degenerase en insulto; si llegasen los autores al punto de predicar la resistencia á las leyes, las malas costumbres y los delitos, ¿no están armadas para perseguirlos y castigarlos las mismas manos que vengan la resistencia á la justicia, la violacion de la honestidad pública y demas crímenes?

En fin, si queremos todavía conservar nuestro sistema de hacernos árbitros entre Dios y los hom-

bres, y de usurparle la venganza que tan expresamente se ha reservado, asíciase la religion, como una de las leyes, á las demas cuya vindicta deba reclamar la parte pública, y ésta, como no se confundan con la religion los intereses de la supersticion, tendrá pocos casos en que usar de su ministerio. Todos hombres están de acuerdo sobre la moral; todos concuerdan en la utilidad de la religion, que la cimenta: ¿qué queda, pues, para la crítica, sino los abusos y los errores? ¿Y por dónde será justo contemplarlos?

Figúrese vmd. todas nuestras prohibiciones sometidas á esta regla: un fiscal acusando una obra con todas aquellas calificaciones autorizadas por la costumbre; el autor emplazado recorriéndola una por una, y probando su falsedad; un tribunal ilustrado en presencia del público, inculcando con severidad al acusador y absolviendo al acusado; y la imprenta propagando en todas las partes del imperio este acto solemne de justicia. ¡Cuántos, amigo mio, cuántos ejemplares de éstos se necesitarian para confundir la supersticion y reprimir los esfuerzos de la codicia!

Suponga vmd., al contrario, un hombre convencido con la misma solemnidad de haber querido pervertir la moral pública y disolver la sociedad; ¿no sería la sentencia que le condenase una prohibicion de fuego y de agua, más completa y más segura que la de los Romanos? ¡Qué asilo, qué hogar no se cerrarian á este enemigo universal!

Así es que creo compatible aún con nuestro sistema actual una buena ley sobre la circulacion de las luces; pero hasta ahora se ha creído más útil, para preservarnos de ciertos excesos, dejar circular y triunfar impunemente todos los errores opuestos; y ¿por ventura se consigue el fin? No por cierto: sólo se logra multiplicar la resistencia y hacer más funesto el choque y la explosion. La luz triunfa de todos los obstáculos, se introduce por todos los resquicios; y el Gobierno, si no se anticipa á recibirla, si no prepara los ánimos; el Gobierno, vuelvo á decirlo, será víctima de la lucha sangrienta que hubiera podido evitar.

¡Qué digo! él mismo, sin saberlo, arma la verdad contra el error: al tiempo que sus necesidades le precisan á fomentar el estudio de las matemáticas, de la física y de las demas ciencias que rectifican el talento, quiere que los entendimientos no usen de esta rectitud; quiere que perfeccionando los hombres su razon, dejen de aplicarla á sus más preciosos intereses. Es fácil prever el resultado de un sistema tan inconsecuente.

Pero habiendo establecido el Gobierno la más expedita circulacion entre las ideas para que la nacion se ilustrase, debe proporcionarla los auxilios consiguientes á toda asociacion de hombres que ponen en un comun depósito, y se trasladan de unos á otros, sus luces y conocimientos, y ésta es la educacion cuyas mejoras ofrecen á nuestra meditacion y estudio un campo inmenso.

Como empieza precisamente en el instante de na-

cer, sólo podría esperarse que la segunda generacion disfrutaria completamente de este beneficio, pues la primera recibiria, ántes de alcanzarle, todos los resabios y preocupaciones de que abundamos, puesto que aún no estaria libre su cuna del contagio que rodeó la nuestra.

La educacion comprende, ademas de estos primeros rudimentos de la infancia, todas las influencias de nuestra vida, la de las cosas, de los sucesos, de los hombres, las del clima, como las del Gobierno; lo que vemos como lo que oímos; pero es menester ceñirse en campo tan dilatado, y no descuidar por la indagacion de una perfeccion quimérica el bien que es hacedero y fácil.

Rectifiquemos, ó por mejor decir, impidamos que se degrade la razon de los hombres; fortifiquemos su cuerpo; inspirémosle el amor á las leyes de su patria, de sus conciudadanos, y despues dejemos que aprovechen las luces que la libertad de la imprenta y el progreso del espíritu humano habrán reunido.

Ó yo me equivoco, ó todo esto es tanto más fácil cuanto una misma institucion alcanza y llena simultáneamente todas estas indicaciones.

¿Queremos que no se degrade la razon de los hombres? apartemos los errores, y enseñémosles sólo cosas precisas, útiles y exactas. ¿Queremos que se fortalezca su cuerpo? multipliquemos los ejercicios que los robustecen y que al mismo tiempo contribuyen no poco á hacer feliz aquella edad. ¿Queremos que amen la patria y sus leyes? enseñémosles los principios de éstas, y será imposible que no vean en ellas otros tantos beneficios que exigen su gratitud. ¿Queremos que amen á sus conciudadanos? vivan con ellos, nazcan en sus corazones la tierna amistad y la indulgencia recíproca; contraigan la costumbre de los beneficios mutuos y la necesidad de la opinion ajena; en una palabra, sea la infancia lo que ha querido la naturaleza que fuese, una preparacion y un ensayo de la vida.

Haya, pues, en cada lugar una ó más escuelas, segun su poblacion, destinadas á enseñar á los niños á leer, escribir, contar, los primeros elementos de la geometría práctica, y un catecismo político, en que se comprendan los elementos de la sociedad en que viven, y los beneficios que reciben de ella.

En cuanto á leer, escribir, contar y los elementos de geometría práctica, hay métodos más ó menos sencillos y útiles, como, v. gr., *Le Bureau Typographique*: cualquiera será preferible á nuestras cartillas, que deberian suprimirse.

El catecismo político está por hacer: vmd. sabe que yo quise proponerlo por asunto de un premio cuantioso á nuestra Sociedad Patriótica. Se podría seguir este método, ó confiarlo á alguno de aquellos pocos hombres para los cuales la idea de contribuir de un modo tan eficaz á la felicidad nacional sería la más dulce recompensa. La constitucion del Estado, los derechos y obligaciones del ciudadano, la definicion de las leyes, la utilidad de su observancia, los perjuicios de su quebrantamiento:

tributos, derechos, monedas, caminos, comercio, industria: todo esto se puede y debe comprender en un librito del tamaño de nuestro catecismo, por un método sencillo, que cierre el paso á todos los errores contrarios. Se nos inculcan en la niñez los dogmas abstractos de la teología; y ¿no se nos podrian enseñar los principios sociales, los elementos de la legislacion, y demostrar el interes comun é individual que nos reúne?

¿Puede ser ilusion la posibilidad, la justicia y la conveniencia de esta enseñanza? Negarla ¿no equivale á decir que se teme la comparacion con estos principios? En una palabra, que el Gobierno es injusto. Mas, por ventura, ¿no son sinónimos *injusto* y *absurdo*? Y si se instruyese una generacion entera, ¿no llegaría la época, en que los que gobiernan serian justos y consecuentes, porque serian ilustrados?

Esta enseñanza elemental y tan fácil, ha de ser, por consiguiente, comun á todos los ciudadanos: grandes, pequeños, ricos y pobres deben recibirla igual y simultáneamente. ¿No van todos á la iglesia? ¿Por qué no irian á este templo patriótico? ¿No se olvidan en presencia de Dios de sus vanas distinciones? ¿Y qué son éstas ante la imagen de la patria? Por de contado en ambas partes se acostumbrarán á la virtud; ¿y acaso pueden existir las que la religion previene sin las que la patria necesita? ó por mejor decir, ¿la religion hace más que santificar las virtudes de hombre y de ciudadano?

Léjos, pues (y no temo ser desmentido por ningún hombre bueno y juicioso); léjos de la infancia aquellas distinciones que la corrompen y estrañan. Ningun niño pueda ser eximido, sea la que fuese su cuna, de esta concurrencia precisa, so pena de no poder conseguir empleo ni funcion pública, so pena de no ser ciudadano: sea necesario á todos ellos presentar la certificacion de su concurrencia, y desde los seis años hasta los diez criense juntos los hijos de una misma patria.

¿Pero acaso multiplicaríamos edificios inmensos para que los niños vivan separados de sus padres? No por cierto: hagan en aquella primera edad lo que harán en lo restante de su vida: pasen las horas de la comida y del sueño dentro de su casa y rodeados de su familia, y sólo dediquen á la instructiva y divertida sociedad de sus condiscipulos todo aquel tiempo que habrán de pasar algun dia en la sociedad de los hombres sus semejantes.

He hablado de diversion; ¿y quién duda que puede unirse con el estudio, ni que toda la educacion de aquella edad debe participar de su alegría, y que todo el arte está en instruirla jugando?

¿Quién, al ver la talla desmedrada, los miembros raquíticos, las facciones desfiguradas por una larga contraccion de melancolía y de ceño, del mayor número de individuos que nos rodean, no acusa nuestro insensato rigorismo, y no echa de ménos la educacion de los antiguos?

El paseo, la carrera, la lucha y el nadar, al tiempo que fortalecian el cuerpo de los niños y aumentaban su actividad, les daban ideas exactas de las

distancias, de las dimensiones, de los pesos, de los fluidos, les acostumbraban á la agilidad y la limpieza. Las relaciones que se establecen en todas las sociedades, así de niños como de hombres, les hacian muy presto perfeccionar el idioma ó el arte de comunicarse sus ideas, la lógica ó el de vencerse en sus disputas, la aritmética ó el de fijar las cantidades. Sigase este modo, y no habrá ejercicio ó juego que no inculque, por medio de la práctica, la teoría de las áridas lecciones.

Lo que se necesita, pues, es un local destinado á estos ejercicios; exceptuando la proporcion de nadar, de que carecen algunos pueblos, á todos los del campo sobran las demas; y nuestras ciudades, tan fecundas en establecimientos sobrantes, podrian destinar una huerta ó jardin, dentro de cada barrio, reduciéndola á sombra y hierba.

¿Y dónde encontrarémos los maestros? En todas partes donde haya un hombre sensato, honrado, y que tenga humanidad y patriotismo. Si los métodos de enseñanza son buenos, se necesita saber muy poco para éste, que de suyo es tan fácil.

Pero, sobre todo, exclúyase de esta importanté funcion todo cuerpo y todo instituto religioso.

La enseñanza de la religion corresponde á la Iglesia, al cura, y cuando más á los padres; pero la educacion nacional es puramente humana y seglar, y seglares han de administrarla. ¡Oh, amigo mio! No sé si el pecho de vmd. participa de la indignacion vigorosa del mio, al ver estos rebaños de muchachos, conducidos en nuestras calles por un esculapio armado de su caña. *Es muy humildito el niño*, dicen, cuando quieren elogiar á alguno. Esto significa que ya ha contraído el abatimiento, la poquedad, ó, si se quiere, la tétrica hipocresía monacal. ¿Tratamos, por ventura, de encerrar la nacion en claustros, y de marchitar estas dulces y encantadoras flores de la especie humana?

Aquella edad necesita del amor y de las entrañas de padre, ¿y la confiamos á los que juraron no serlo? Necesita de la alegría y de la indulgencia, ¿y la confiamos á un esclavo ó á un déspota? ¡Por qué extraño trastorno de todos los principios han usurpado así, sucesivamente, las más preciosas funciones de la sociedad, tantos institutos fundados en la separacion y abnegacion de ella!

El maestro de cada pueblo y de cada barrio, suponiendo toda una generacion criada por este método, debería ser el mejor padre y el mejor marido: debería este empleo tener en el ayuntamiento y en todos los actos públicos un asiento distinguido: debería dotarse competentemente; ¿y por qué la gratitud pública no habia de conservar la memoria de aquellos que le desempeñasen mejor? El arte sublime de formar hombres, ¿no equivaldria á la ciencia, funesta y fácil, de destruirlos ó degradarlos?

Criados uniformemente, por esta educacion patriótica, todos los ciudadanos hasta los diez años, es regular que se distribuyan en las varias carreras á que han dado lugar las necesidades de la socie-

dad; pero ésta debe proporcionar sus auxilios al grado de utilidad de aquéllas: debe multiplicarlos para las más importantes, proporcionarlos con exactitud, sin escasez, como sin exceso á las que lo son ménos, y negarlos enteramente á cuanto es inútil: en una palabra, debe su economía dirigir sin coaccion la que se llama vocacion de los ciudadanos; de forma que el número de los llamados á una profesion nunca exceda, si es posible, del número de individuos que la sociedad necesita ejercer en ella.

La vocacion del hombre, en el estado de naturaleza, es el ocio; el sueño, despues del pasto; y un holgazan, en la sociedad, no es más que una especie de salvaje. La vocacion, en las sociedades políticas, es la imitacion ó la costumbre, ó la impresion extraordinaria de algun objeto. ¿Y quién duda que un buen gobierno no pueda dirigir, por consiguiente, las vocaciones? ¡Qué digo! ¿No lo está haciendo? ¿No ha conseguido multiplicar hasta lo infinito las vocaciones al sacerdocio, al estado religioso, á la milicia, á la jurisprudencia y á todas las clases parásitas de procuradores y agentes, de oficinistas y de criados? Trate de reducir á lo preciso todas estas vocaciones y de fomentar todas las demas, y conseguirá tanto mejor su objeto, cuanto no tendrá que luchar, como ahora, contra los afectos más poderosos de la naturaleza, que nos convidan á multiplicar nuestra especie; á no someternos por nuestras necesidades á los demas, cuando cada uno pueda asegurarlas por sí; á conservar nuestra vida, y á no afanarnos por los derechos ajenos.

Pero el Gobierno ha multiplicado premios y alicientes á aquellas otras profesiones: ha tratado con dureza y rigor á la agricultura, á los oficios, á las artes y al comercio: en una palabra, ha premiado la ociosidad y condenado el trabajo. Tome el sistema opuesto, y la diferencia del resultado será infalible.

Ciérrense, por de contado, ciérrense aquellas universidades, cloacas de la humanidad, y que sólo han exhalado sobre ella la corrupcion y el error: es fácil reemplazar el poco bien de que son susceptibles, y no puede atajarse con demasiada prontitud el daño que causan. Y así como alcanzan á todas las necesidades los fondos de socorro citados, y disminuidos por un mal sistema, así bastarán ó sobrarán las dotaciones de la educacion actual, mejor administradas, y aplicadas á las varias educaciones que en el Estado se necesitan.

Las bellas letras son el adorno de la sociedad: emplean con utilidad y sin inconveniente el crepúsculo de la razon, la ejercen, y no pocas veces la fortifican: quede, pues, su estudio franco y gratuito, y en escuelas subdivididas; pero sólo en las ciudades y villas populosas, para la concurrencia de los que quisiesen instruirse hasta los quince años: entónces el numeroso rebaño que asistió á ellas sin riesgo, pero sin fruto, debe ocupar sus brazos en el trabajo que la sociedad les pide. Ya

habrán rayado y fijado la atención de la patria los talentos superiores: ya debe tratar de distribuirlos y prepararlos para los varios ramos del gobierno, en seminarios, colegios de medicina, de jurisprudencia y de defensa.

Todos estos colegios y sus plazas deben proporcionarse con exactitud á las necesidades, y la admisión ha de ser precisamente el premio de la aplicación, de la virtud y del talento.

Vea vmd. si este plan es conforme á la naturaleza y á la razón. ¿Se suscribirán para un destino los que se crean llamados á otro? ¿Se presentarán á la censura pública los ineptos ó mal notados? Se someterán á una disciplina severa los que lleven con impaciencia el yugo de la subordinación? Sean los que fuesen sus parientes, ¿no contraerán el hábito de la decencia y del decoro los que se destinen á las carreras que lo exigen? ¿No adquirirán aquella verdadera é indeleble distinción, que da la crianza, y que es la única presunción que tiene en su favor la nobleza? En fin, ¿podría ofenderse si llegaran á encontrarse en ella, exclusivamente, los talentos y la virtud? ¿Y en qué edad pienso contener así los jóvenes? En la misma en que la sociedad contradice á la naturaleza: en la mayor efervescencia de las pasiones de la una, y cuando su razón no tiene todavía la madurez que pide la otra.

Claro está que los exámenes que yo propongo no deben en nada parecerse á los que conocemos, y que nuestra ridícula graduación de puntos, y la subdivisión de lección, de caso práctico, de argumentos, deben quedar sepultados con las pestilentes aulas que les dieron el sér.

Los premios conseguidos en las escuelas de bellas letras; las certificaciones dadas por los maestros, de la conducta y del genio, y confirmadas por la justicia del pueblo en que estudió: un concurso formal, en que, sin comunicación, se escriba sobre asuntos que se señalen: el cotejo de las composiciones, que dé idea del talento de los concurrentes: el trato habitual de un mes en el pueblo del concurso, en que maestros y discípulos, ya admitidos, tanteen y exploren á los candidatos: un juicio severo, que recaiga sobre la reunión de todos aquellos antecedentes, y una votación por escrutinio sobre la admisión ó la repulsa. Todo esto se ha de hacer, y más, si es posible, para asegurar el acierto de las elecciones.

¿Cabe, por ventura, excesivo escrúpulo en esto? ¿ó hay intereses más sagrados y de mayor excepción? Enviamos á mentir, á gran costa, por medio del Océano, y á buscar pruebas inútiles ó falsas bajo el polo y la línea, comprobando con severas reglas este ridículo trabajo, y reduciendo á ciencia dispendida, aunque vulgar, las imposturas genealógicas; y cuando se trata de la moral, de la vida, del honor, de las propiedades, de la sociedad y de cada uno de nosotros, ¿temeríamos de asegurarnos demasiado de la aptitud de las manos en las cuales vamos á depositar objetos tan recomendables? ¿Nos

contentaríamos con un exámen superficial? No: mas es de temer que sean insuficientes todavía los medios que propongo reunir.

Sería necesario formar un tratado para cada una de estas enseñanzas; tarea que excedería los límites de esta carta y los de mis conocimientos. Pero indicaré lo que á mi intento corresponde, y lo que no excede los alcances de todo hombre medianamente organizado, que quiera reflexionar en el asunto.

Por de contado todas estas enseñanzas tienen reglas generales: ser proporcionadas á las necesidades del Estado: ser gratuitas: franquearse sólo al talento y á la virtud, bien explorados: reunir bajo de una misma disciplina, como en una comunidad, los alumnos: conservarlos hasta veintiún años: conciliar con el decoro exterior y el tono de buena crianza, los ejercicios del cuerpo y el cultivo de los conocimientos generales de la sociedad, con el estudio análogo al destino respectivo.

Todos deben tener un edificio cómodo y espacioso; un trato decente sin profusión, pero limpio hasta la nimiedad: todos deben disfrutar una librería selecta y franca: todos, exceptuando los seminarios, deben vestir un traje seglar uniforme, pero modesto, y todos deben excluir las formas monásticas de rectorio y de lectura en las comidas: en una palabra, han de ser un ensayo del mundo.

Es sin duda muy fácil señalar el número de eclesiásticos que necesita un obispado; regular el número de vacantes anuales, y proporcionar á este cálculo el número de seminarios y sus plazas.

No puedo ménos, con este motivo, de observar cuán siniestramente la Iglesia ha adoptado las equivocaciones políticas, y con qué horrible desproporción superabundan los individuos estériles á los operarios útiles y preciosos. Abro el censo español, hecho en 1788, y hallo que tenemos diez y siete mil feligresías y quince mil párrocos; esto es, dos mil ménos de los que se necesitan; pero para esto tenemos cuarenta y siete mil beneficiados y cuarenta y ocho mil religiosos; de forma que, siendo así que hay muchas parroquias sin pastor, distribuyendo mejor nuestros sacerdotes actuales podría haber siete en cada una de ellas. Es evidente, por consecuencia, que hay un exceso enorme, y que, sin sondear demasiado esta llaga funesta, se puede atribuir á la demasiada facilidad con que se reclutan las órdenes religiosas, y á las capellanías ó beneficios de sangre.

En cuanto al primer punto, sería muy fácil probar que todos aquellos institutos carecen ya de los objetos para los cuales se fundaron; pero sin anticiparse á los progresos de la razón y de la política, debiera prohibir el Gobierno que los votos que se paran á un individuo de la sociedad se admitiesen ántes de la edad que ha señalado para validar las demas acciones suyas. El más intrépido campeón del monacato no se atreverá á negar la preferencia que debe tener la preciosa libertad del hombre sobre todo lo demas de que puede llamarse dueño.

Criada elementalmente una generación como lo

hemos propuesto; sustraídos todos los ciudadanos á los claustros hasta los veinticinco años de su edad, es fácil prever que sin convulsiones ni esfuerzos se corregirían tantas equivocaciones.

Es imposible encontrar, fuera del judaísmo, alguna cosa que se parezca á la fundación de las capellanías de sangre. Sólo en la tribu de Levi se ve el sacerdocio hereditario. Pero en nuestra religión, que pide la vocación cierta, la ciencia que instruye, la virtud que edifica, la caridad que socorre, el mérito que impone respeto, ¿cómo han de hacerse compatibles estos requisitos precisos con la casualidad de la sangre y de la cuna? Así habla la religión, así grita la moral pública, y la política se indigna al considerar todas estas fundaciones, sustrayendo brazos útiles al Estado, contribuyentes al erario, matrimonios á la población, tierras á la actividad del interés particular, y devorando en una crasa ignorancia, cuando no entre vicios groseros, una gran parte de la sustancia pública, mientras los verdaderos pastores se hallan muy mal dotados y escasos en número, y mientras los infelices descendientes de tantos piadosos fundadores mendigan una cortísima parte de los productos de aquellos campos, que debían pertenecerles y que sus brazos fertilizarían.

Es imposible discurrir un sistema más impío y más subversivo de todos los principios de moral y política que éste; y cuando el establecimiento de seminarios, arreglados á las necesidades de cada obispado, no proporcionase más que la ocasión de tan interesante reforma, era menester abrazarla desde luego.

Regla inviolable. No se consienta ninguna ordenación sin la admisión al seminario; ninguna admisión sin vacante, causada por muerte, promoción ó expulsión, y ninguna plaza más que las correspondientes á la necesidad del obispado.

Sin duda los obispos deberían ser consultados sobre este arreglo y sobre la mejor distribución de las rentas eclesiásticas para dotar los curatos y tenencias, como también sobre la disciplina y enseñanza de los seminarios; pero el Estado no debería nunca abandonar el derecho y la obligación de resolver soberanamente sobre todos estos puntos. Debe poner sumo cuidado en asegurarse de que la superstición no se introduzca en estos asilos de la religión para contaminarla; en que no se enseñe más que el Evangelio y lo que la Iglesia manda, y no lo que sólo ha tolerado: debe inspirarse á estos ministros del culto y de la moral la más santa y vigorosa indignación contra tantas devociones apócrifas y ridículas, que pervierten la razón, destruyen toda virtud, y dan visos de gentilidad al cristianismo; esto es, á la religión más pura, más santa y más útil al género humano.

Si á este cuidado se añadiesen el auxilio de buenos maestros, y modelos de todos los libros de economía rústica, física experimental y economía civil, se conseguiría formar un cuerpo de eclesiásticos digno de la influencia que tiene y tendría mucho

mayor en el ánimo de los pueblos: prestarían entonces al mérito personal el respeto que en el día sólo tributan al carácter.

Un teatro de anatomía, un jardín botánico, un laboratorio de química, un hospital, y maestros que expliquen y hagan practicar, esto es, un colegio de medicina. Sin esta reunión no se puede alcanzar en qué consiste; y ¿cuántas ventajas no resultarían de ella? Además de perfeccionar el arte tan atrasada de curar, ¡qué economía de hombres si cada uno de los profesores reemplazara tres! ¡qué utilidad para los lugares si su cirujano fuese médico, y dirigiese las manos indistintas que podrían preparar los simples que hubiere recetado, escogido y arreglado, porque en sustancia esto es un boticario! ¡qué facilidad para mejorar considerablemente la suerte de cada profesor, y darles la decencia y estimación debidas á tan nobles é interesantes funciones!

Debería dejar extender á vmd. el capítulo de los colegios de jurisprudencia; pues por mi dictámen, ó son inútiles si la legislación deja de ser una ciencia y se reduce á un código sencillo y claro, ó sumamente perjudiciales si se ha de enseñar en ellos nuestra jurisprudencia actual. No, amigo mío, la teología escolástica no ha dañado más al género humano que esta otra hermana suya. Nuestras leyes, dirá vmd., tienen mucho de bueno: bien lo creo; lo mismo sucedía á las de Dracon y de Mahoma. ¿Sería por ventura escuchado un legislador que contradijese completamente todos los principios de la moral? ¿Pero son consiguientes entre sí, claras, precisas, análogas á nuestras costumbres, á nuestra política, á las luces del siglo en que vivimos? ¿Están observadas? ¿No causa su aplicación un mal mucho mayor que el que debían evitar?

¡Ah! no es mi sensibilidad la que en este punto habla, no: es toda mi alma, acusando de lentitud á los cielos, y provocando su rayo vengador para que descienda sobre este horrible edificio de jurisprudencia, que con la sagrada y fatal inscripción de la ley, no es en realidad más que una cueva humedecida en sangre, donde cada pasión atormenta y devora impunemente sus víctimas. No, amigo mío; mi entendimiento solo es el que recorre con espanto aquella mole inmensa é incoherente de teocracia, de republicanismo, de despotismo militar, de anarquía feudal, de errores antiguos y de extravagancias modernas; aquella mole de treinta y seis mil leyes, con sus formidables comentadores; y no tubeo un instante: prefiero á la subsistencia de tan monstruosa tiranía la libertad, los riesgos y los bosques de la naturaleza. Me atrevo á decirlo: ningún bien, ningún alivio, ningún proyecto útil es compatible con nuestro sistema de jurisprudencia. El despotismo sin leyes causaría un daño menor.

Por consiguiente, á la enseñanza de la jurisprudencia debe preceder la formación de ésta en un código civil y criminal, que debe confiarse enhorabuena á algunos magistrados instruidos, pero á la cual deben también concurrir hombres desprendidos de aquellas preocupaciones de cuerpo, de oficio

y de hábito, harto poderosas. Un código arreglado á los verdaderos principios será siempre fácil y obra de poco tiempo. ¿De qué se trata? ¿de asegurar la libertad y la propiedad de los individuos con toda la fuerza comun? Pues suprimanse los tomos enormes dedicados á dirigir á los ciudadanos donde su interes sólo basta, los que prohiben lo que á nadie perjudica, los que han consagrado nuestras preocupaciones y nuestras predilecciones necias: verémos entonces lo poco que queda verdaderamente útil ó necesario de toda aquella indigesta compilacion. Pero no es éste aún el punto más importante. Suponga vmd. el cuerpo que quisiere; como sea permanente y exclusivo, será impune, y por consecuencia esencialmente malo; y las pocas excepciones se perderán en la multiplicidad de los casos. Y ¿qué importa á la infeliz víctima de las dilaciones, de las supercherías y de los artificios forenses; qué la importa, digo, ver resplandecer en tal cual magistrado el carácter de la virtud? ¿Esta virtud será activa? ¿podrá ser útil? ¿no la sofocará la preponderancia del mayor número? ¡Qué digo! ¿no tendrá cien veces el juez más integro que sujetar su conciencia á una ley inicua ó á formalidades homicidas? ¿no tendrá que condenar ó atormentar al hombre que en su corazón absuelve?

De allí nace la precision, cuando no se pueda generalizar la jurisprudencia al punto de que todos los ciudadanos la posean, de reducir los depositarios privilegiados de ella á lo que deberian ser en todas partes: unos meros asesores; y este sistema viene á ser el de los jurados, que decidiendo siempre el hecho, no dejan al jurisconsulto más que un juicio de perito, esto es, de leer la ley, y de pronunciar la aplicacion de ella.

Sin este baluarte de la humanidad, enseñar jurisconsultos, es adiestrar asesinos y poner al hombre de bien en la dura precision de serlo.

Pero suponiendo la formacion preliminar de un código bien hecho, la enseñanza de éste será el objeto del colegio de jurisprudencia, y estará acompañada de los conocimientos que pueden rectificarla é ilustrarla, y de un estudio profundo del corazón humano.

Arreglada, pues, aquella importante enseñanza á lo que pide la administracion de justicia del reino, sólo faltaria la que pide su defensa, ó los colegios militares de tierra y mar.

Prescindo ahora de la cuestion de si debemos tener ejércitos ó milicias provinciales, ya de pié, ya de á caballo. Esta cuestion se resolverá por sí misma dentro de pocos años. Es imposible que la repeticion de las experiencias no convenza de que las milicias, que concilian todos los intereses, los del erario, los de la poblacion, de la industria, de las costumbres, de la mejor calidad de hombres fisica y moral, que siempre han peleado con gran valor, que no desertan, que son más susceptibles de la verdadera disciplina, la que nace del honor; es imposible, digo, que este sistema no venza y no se generalice.

Sean, pues, milicias ó ejército, como lo entendamos, siempre los oficiales necesitarán conocimientos especiales para dirigir aquellos grandes cuerpos; pero ¿para qué aislar estos conocimientos, cuando todos tienen una analogía íntima entre sí? ¿Cuál es el oficial á quien no conduzca saber la geografía, las matemáticas, así las especulativas, que constituyen el ingeniero, como la parte practica de ellas, que el artillero necesita; la fisica, el arte de nadar y hasta los primeros elementos de la náutica? ¿No debe embarcarse, navegar, desembarcar aquel oficial? ¿No tendrá que pelear en la mar como en la tierra? Y sobre todo, ¿en qué puede emplear mejor y más consiguientemente al objeto que se propone el tiempo que ha de correr desde los catorce ó quince años hasta los veinte y uno?

Pero, por más necesarios que sean estos conocimientos, no es ésta la ventaja principal de la educacion que quiero darle: quiero que de este modo contraiga la costumbre de una disciplina exacta y rigurosa: quiero fortalecer su alma, no ménos que su cuerpo, con el hábito de una vida frugal y austera, con la privacion absoluta del lujo y de todas las comodidades; y que nuestros oficialitos, tan peripuestos y tan lindos, mezcla anfibia de la frivolidad francesa y de la truhanería gigantesca, que se enervan y degradan en la ociosidad de sus primeros años, hagan lugar á hombres robustos, útiles y provechosos á su patria: que Figueras, el fuerte de la Concepcion, las ciudades de Pamplona y de Jaca, los puertos de Pasajes y de Vigo se conviertan en otras tantas Lacedemonias: coman, vistan, duerman, ejercitense como soldados todos los alumnos militares: léjos la distincion tan ridícula y tan impertinente de cadetes: sean todos alternativamente soldados y cabos: pasen á ejercer de sargentos cuando salgan del colegio á sus cuerpos respectivos; y que encualquiera parte en donde haya un oficial, allí se pueda formar un plan de ataque y de defensa por mar y tierra, dirigir una batería, levantar un mapa, como nivelar un camino é inspeccionar las obras de un canal. ¿Pero todos por ventura conseguirán ser sobresalientes en la reunion de estos conocimientos? No, sin duda; pero á lo ménos para ninguno serán peregrinos. Los grandes talentos y la noble emulacion tendrán no menor campo que ahora, pero más auxilios. En fin, á una educacion, ó nula ó dañosa, que sacrifica millares de individuos á la holgazanería y á la corrupcion, aunque algunos pocos triunfen de ella, yo propongo substituir otra que proporcione á todos las mismas ventajas, aunque algunos las malogren. Es fácil ver la diferencia de efectos: las excepciones de hoy serán la regla de entónces.

Pero, amigo mio, contenida dentro de los límites precisos de la necesidad pública la educacion de las clases estériles, para las útiles y provechosas debe prodigar la sociedad los auxilios y las proporciones.

Las escuelas de economía rústica, las de geografía, de derecho de gentes, de matemáticas, de náutica, de dibujo, de escultura, de pintura, de quimi-

ca: todo esto no puede multiplicarse demasiado. De las primeras, si fuese posible, deberia haber una en toda feligresía; pero á lo ménos háyalas todas en cada partido: y como estas profesiones constituyen la sociedad, justo es que hallen todo el auxilio de instruccion que necesitan con la intermediacion posible, sin coaccion alguna para su asistencia, sin ningun colegio que reúna los alumnos, sin predileccion ni exámen para admitirlos: deben hacerse compatibles las horas y la temporadas de aquellas enseñanzas con los servicios que ya empiezan á hacer á los diez años á la sociedad los estimables jóvenes que contraen entónces el gusto y la costumbre del trabajo; y si es demasiado difícil hacer á nuestras aldeas partícipes de un auxilio que la sociedad debe sin distincion á todos sus individuos, las sociedades patrióticas pueden por la imprenta hacer refluir hasta las más humildes chozas los progresos de la ilustracion.

Estos establecimientos admirables en su objeto han permanecido en una infancia, de que seria ya tiempo sacarlos. Tenga cada uno de ellos un local espacioso, destinado á ensayar todas las teorías del cultivo, á probar en la savia de los vegetales y de los árboles todas las modificaciones de que sean susceptibles, connaturalice las plantas exóticas, multiplique los frutos sabrosos; sus semilleros, sus almacigas, sus ingertos, sus granerillos estén francos y distribuidos en el territorio respectivo: una gaceta ó memorial mensual, distribuida, que se envíe de balde á todas las aldeas, anuncie estas ventajas, excite la curiosidad y la emulacion, brinde con aquellos auxilios, y combata constantemente los errores y preocupaciones funestas. Por lo que hace á la industria y al comercio, sígase el mismo plan, con la ventaja de no tener que hacer ensayos en esta línea, sino referir los que el interes particular va haciendo; porque nuestra agricultura, dividida entre jornaleros y colonos oprimidos por la miseria, y propietarios distantes ó desaplicados, está proporcionalmente en mayor atraso.

Para que estas gacetas económicas mensuales sean más instructivas; que una comunicacion íntima y una correspondencia de esfuerzos se abra y se siga entre todas las sociedades del reino, hágase uniforme y preciso para todas el establecimiento de un jardín botánico, contraido no á remedios (el estado habitual del hombre no es la enfermedad ni la guerra; es la salud y la paz), sino á la agricultura. Vengan por la primera vez á las Canarias el árbol del pan, el de la seda, el del sebo, la caña y el cacao; y desde allí, recorriendo sus semillas de generacion en generacion todas las graduaciones del clima de nuestra peninsula, véase hasta qué punto pueden familiarizarse con cada una de nuestras provincias: repítanse todos estos progresos: divúlguese por medio de la imprenta la noticia de ellos, y aprovechen á Galicia los descubrimientos de Cataluña. Por de contado nuestros montes están llenos de arbustos, que son el mayor remedio de la falta de pastos: tales son los citisos, los algarrobos y otros árboles legu-

minosos, á los cuales se pueden agregar los muchos que se hallan connaturalizados, como la robinia ó acacias, árbol de Judea y otros. Ningun alimento hay más sabroso para los ganados; y ¿cuántas hierbas que prevalecen en los secanos, triunfan de este grande obstáculo de la naturaleza en nuestro clima?

Pero los de opinion son mucho mayores, y sólo cederán á la libertad de comunicacion de ideas, á una educacion elemental, simple y preservativa de errores, que toda una generacion debe recibir, y que rectificando las enseñanzas, sólo útiles en cuanto son necesarias al Estado, en vez de la prodigalidad ciega que aquéllos consiguieron, preste auxilios á las que inmediatamente producen la felicidad individual y la prosperidad comun.

Establézcanse estos medios por un gobierno firme, y no se canse éste por el poco fruto de sus primeros esfuerzos. Se trata de borrar las equivocaciones de veinte siglos, y esto no es obra de un instante. ¿Seria tan poderoso el error si no hubiera ganado los corazones, si no tuviera defensores intrépidos, y en caso necesario mártires? Pero, sin darles la triste satisfaccion de serlo, sin asustarse de sus clamores, opóngaseles la indulgente calma de la verdad; hable ésta con los beneficios; conténtese con apoderarse de la generacion creciente, y veinte años sobran para regenerar á la nacion.

Fatalidad sería por cierto que estas reflexiones pareciesen quiméricas. Pudo ser fácil enviar y mantener millares de españoles á ensangrentar las aguas del Pó y del Danubio y las ruinas de Cartago, ¿y no sería fácil ilustrarlos sobre sus verdaderos intereses, cuando la naturaleza se los hace querer, y les ha dotado de curiosidad y de los medios de satisfacerla? Más vale decir de una vez que no se quiere hacer feliz á la especie humana; pero no se ponderen dificultades para la ejecucion de un sistema tan sencillo y tan útil.

CARTA III.

Sobre los obstáculos de la legislación respectivos á la circulacion de los frutos y á las imposiciones.

Amigo mio: Allanados por caminos, canales de navegacion y regadío, rios navegables, puertos, disecacion de lagunas y otras obras (sólo accesibles á la sociedad entera) los pocos obstáculos que la naturaleza opuso á los progresos de la agricultura; disipados los muchos más multiplicados y fatales de la opinion, ya por la más libre circulacion de luces, ya por los esfuerzos unánimes de las sociedades patrióticas en difundirlas é impugnar errores, ya, finalmente, por un sistema de educacion nacional uniforme, que preserve de ellos á la generacion naciente, y que disminuyendo las clases estériles, prodigue las preferencias á las verdaderamente útiles y productivas; libre, digo, la industria humana de estos obstáculos, ¿qué la faltaria ya más, sino el libertarla tambien de las trabas con que la legislación la estorba?

Aquí es, amigo mio, donde no se puede deplorar